

Así lo decidimos



María Eugenia Gómez Figueroa

Así lo decidimos

María Eugenia Gómez Figueroa



“Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del <<Copyright>>, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático”.

Así lo decidimos

© 2012, María Eugenia Gómez Figueroa

D.R. © 2012 por Innovación Editorial Lagares de México, S.A. de C.V.

Álamo Plateado No. 1-402

Fracc. Los Álamos

Naucalpan, Estado de México

C.P. 53230

Teléfono: (55) 5240- 1295 al 98

email: editor@lagares.com.mx

Fotografías de portada: La obra retratada es un original del pintor José Luis Ru-
biralta

Diseño de Portada: Enrique Ibarra Vicente

Cuidado Editorial: Rosaura Rodríguez Aguilera

ISBN Físico: 978-607-410-196-6

ISBN Electrónico: 978-607-410-201-7

Primera edición octubre, 2012

Prólogo

Decidir, significa aceptar el reto y ambas cosas, la vida y la muerte, son un reto al que hay que responderle. María Eugenia Gómez Figueroa con esta novela nos muestra cómo la vida puede convertirse en un juego divertido y a la vez peligroso, en el que intervienen el amor, el desamor, la audacia, las creencias, las enseñanzas, las experiencias y sobre todo la inteligencia para construir una historia llena de aciertos y tropiezos. Momentos en los que si se pierde la paciencia, no se gana. La tolerancia y la audacia se convierten en armas para alcanzar metas y el sentido del humor y la pasión son la fuente de inspiración para hacer de la vida una obra de arte que perdure para siempre.

La trayectoria de José Luis Rubiralta, a través de este libro nos es contada por la pluma de la mujer que compartió el juego de la vida y la ruleta con un hombre que a pesar de una estricta educación, vence los obstáculos y logra decidir su vida sin importar las opiniones externas. "A la única persona que he conocido que viva tan feliz haciendo lo que se le da la gana, es a mi hermano", comentó en una ocasión Manuel Rubiralta, hermano de José Luis; "y es así como se logra el éxito". Maru y José Luis, enseñan a sus hijos y a los que los rodean que tomar la riendas de la vida asumiendo las consecuencias, se logra con amor y responsabilidad y lo demás llega por añadidura.

"Así lo decidimos" nos invita a conocer la historia de un jugador que maneja las emociones con mesura y de un pintor que expresa sus sentimientos con acuarela. Una persona que gana el reto de la vida y de la muerte apostando el to-

do por el todo, sabiendo que siempre lleva el As de espadas bajo la manga.

María Elena Segura Revuelta.

Capítulo Uno Ocho Negro

Buscó con la mirada el letrero colocado sobre la estructura de hierro de figuras caprichosas que cubría el conjunto de ventanillas, vio el cartel *Casino Cashier*, luces de neón moradas y rojas, guardó las fichas en la bolsa del saco después de darle propina al crupier, caminó hacia el mostrador de caoba con placa de mármol, se formó frente a la caja desocupada; sacó fichas de los bolsillos del pantalón, del saco, del cinturón porta—dinero para viaje que siempre llevaba, y hasta de la camisa, todas las que había acumulado. Aborto, sin escuchar el estruendo de las máquinas, las apilaba frente a la cajera sonriente; no se dio cuenta que se acercaban los personajes de negro. Al terminar vio en los ojos de la mujer una seriedad repentina que lo hizo voltear. Estaba rodeado por cuatro hombres y una oficial de color tan alta como él y lo doble de voluminosa. Con rudeza le indicó que los acompañara.

—¿Acompañarlos? ¿A dónde? ¿De qué se trata?

—Lo hemos observado, eso es más de lo que ha ganado.

—¡Y qué les importa! Es lo que obtuve por lo que he jugado en estos días.

—Nos debe acompañar.

—¿Por qué? ¿Qué hice? No, no puedo, voy a perder mi vuelo. Que me paguen y me voy, debo abordar el coche que me llevará a tomar el avión.

Probar su suerte hasta el último momento, era su ritual de despedida de Las Vegas. Calculaba el tiempo para hacer la apuesta final antes de tomar el taxi hacia el aeropuerto.

to. Corría el riesgo de perder o todavía mejor, de ganar; y con ese gusto de triunfo o con el gusanito de la revancha, programaba el siguiente viaje al lugar que más le gustaba.

En los casinos el jugador es vigilado por el *crupier*, éste a su vez, es observado por el supervisor de piso, mismo que es inspeccionado por el de cada sección y todos los vigilan las cámaras dispuestas desde el techo; unos a otros se custodian. El apostador es calificado por las horas de juego, José Luis, superaba cualquier turno. Llamó la atención durante su estancia, por eso fue seguido. Lo habían visto liquidar la cuenta del hotel, dejar encargada su maleta en el área de taxis, verificar su pasaporte, lo vieron meterlo junto con el boleto de avión en su saco, acercarse con pasos lentos a la ruleta más próxima de la caja, como quien está en un duelo, listo a disparar antes que su rival. Lo vieron sacar el billete de cien dólares, ponerlo sobre la mesa, recibir las fichas y sin sentarse colocar al centro del ocho negro dos de diez y dos de cinco en cada esquina. El *crupier* hizo girar la ruleta, lanzó la bola, poco después pasó la mano extendida sobre el tapete en señal de que no eran permitidas más apuestas. Varios pares de ojos estaban atentos al rodar la pelota en sentido contrario al disco que aminoraba la velocidad; el chasquear del plástico con la madera advertía la entrada de la bola en cualquiera de los treinta y seis números, en el cero o doble cero. Los ojos, los de los vigilantes vieron cómo él se concentraba en su número sin respirar y con las manos apretadas sobre el respaldo de la silla. La bola entró en el diecinueve, la ruleta siguió girando y antes de parar, la esfera, como impulsada por un resorte, brincó al ocho negro. Todos observaron cómo bajó la cabeza y el sudor que apareció en su frente; miraron al *crupier* colocar el cilindro transparente sobre la apuesta, entregar el pago en torres de fichas color rojo y vieron que él pidió las cambiaran por negras de cien dólares. Seguridad ya estaba alerta.

—Me están confundiendo, díganme qué quieren de mí.

—Nos debe acompañar en forma voluntaria, si no, lo llevaremos a la fuerza.

Midió las consecuencias, si se rehusaba a cooperar no sólo perdería el vuelo, quizá hasta la libertad o la vida. Sabía que en Las Vegas el juego no era un juego, era cosa seria.

—De acuerdo, pero antes quiero mi dinero. No me moveré de aquí hasta que me paguen.

—Le daremos una constancia con el registro de la cantidad y al terminar la investigación veremos si se le hace efectivo.

—¡Qué constancia ni qué nada! Ya parece que se las voy a dejar.

Volvió a llenar sus bolsillos con las fichas, al terminar les dijo:

—¿A dónde vamos? Espero que haya un teléfono y aquí mismo, en el hotel, ¿eh? No me toquen, tranquilos, no voy a escapar.

La gente los escudriñaba con morbo, el grupo parecía un equipo de jugadores de basquetbol, evidentes guardias encubiertos y más al ser guiados por la uniformada que abría el paso y él iba al centro. Llegaron a los elevadores donde no permitieron entrar a nadie más.

La adrenalina que surgía por jugar no era igual al miedo de enfrentar el ser sospechoso y de algo que no sabía qué era. El silencio dentro del elevador lo sofocó, se abrieron las puertas en el último piso del hotel que era para uso de los directivos; respiró profundo; se sorprendió al ver el lujo, era superior a todo lo demás. Indicaron los siguiera a la sala de juntas, le dieron el paso y pidieron que esperara, el gerente llegaría en unos minutos. Lo dejaron solo.

Vio el reloj, su vuelo despegaría en pocas horas. Se acercó al ventanal del piso dieciséis, recorrió con la mirada la avenida interminable con marquesinas centelleantes de los hoteles, era tanto el fulgor que la noche oscura se hacía clara.

José Luis entrecerró los ojos sin dar crédito a lo que sucedía frente a él. Le pareció raro que se apagara la base del edificio, todavía más cuando el siguiente piso también se quedó sin luz; y así, uno a uno hacia arriba, en segundos, hasta quedar oscuro. La torre de la luminaria de neón, sostén del letrero *Stardust Hotel & Casino* aparentó un despeque, su resplandor desapareció hasta dejarlo suspendido, chispas de colores simulaban el polvo de estrellas que volaron para desaparecer entre las luces de los otros casinos. La sorpresa lo impactó al grado de hacerlo olvidar el trance en que se encontraba. El *Stardust*, su casino predilecto cerraba sus puertas para siempre.

Ante el hoyo negro en medio de la ciudad luz surgieron los recuerdos.

Capítulo Dos

La Piedad

El profesor de anatomía perdió la concentración, ya era rutina, José Luis, prendía un cigarro, el siguiente paso era levantarse y salir del salón sin decir una palabra. Ese día lo siguió con la mirada, hizo un gesto de desagrado y antes de que cruzara la puerta le dijo:

—La próxima vez que interrumpa mi cátedra lo suspendo.

—No hay necesidad profesor, ya no voy a regresar.

Salió despreocupado sin decir nada más. Adentro se hizo un silencio total que el maestro logró interrumpir con rapidez para continuar la clase.

Sus compañeros admiraban la indolencia, sabían que se iba al *Coyote Flaco* a tomar café; lugar de reunión de los involucrados en el movimiento del 68. Entraba por el patio empedrado con las paredes cubiertas de hiedra, se metía a la cafetería oscura iluminada con velas, le gustaba el ambiente gótico, ideal para la reunión de distintos grupos: artistas excéntricos, escritores. Siempre los mismos. Él llegaba solo, buscaba la misma mesa, era conocido por todos aunque socializaba poco. El Francés, unos años mayor, se sentaba sin que lo invitara junto a él. Se hicieron amigos. Le preocupó saber que había abandonado la carrera de veterinaria.

—Tienes que hacer algo, José Luis, no puedes malgastar tu vida en un café, va a llegar el día en que ya no podrás pagarlo. He pensado mucho en ti y te estás desperdiciando. Te pregunto, ¿te gustan los puercos?

—Sí, para mí es el mejor animal, de hecho un cuate y yo compramos uno para engorda y venta. Nos costó una lana,

no creció ni engordó, le pusimos el bodrio, acabamos regalándolo.

—Te pregunto si te gustan porque Toño, el primo de mi novia, tiene criadero de puercos en La Piedad, Michoacán, dice que ahí huele a dinero y si tú quieres los presento para que hagas algo por allá, él sabe de la cría y tiene familiares en esa tierra. Por él conocí a Lucero.

Las pláticas con el Francés y con Toño le despertaron el deseo de irse, era la mejor manera de dejar la Universidad y lo decidió, él iba a ser ranchero. Buen momento para independizarse, no soportaba seguir viviendo en una casa de padre ausente y madre víctima y manipuladora. Buscó el día en que coincidieran los tres.

—Voy a dejar la Universidad y me iré a vivir a La Piedad.

La madre se levantó gritando que cómo se le ocurría. — ¡No te irás a ningún lado tienes que terminar la carrera!—. Buscó alianza en el padre diciéndole que qué buscaba José Luis en ese puerco lugar y exigiéndole que no se lo permitiera.

—Me han involucrado con los estudiantes del movimiento y nos encarcelarán, tengo que salir de la ciudad y no puedo regresar a clases.

Ella iba del comedor a la cocina gritando que no era revoltoso ni de grupos, que por qué se había metido en líos.

—Así fue y me tengo que ir.

—Eres un ingrato, dejas a tu madre con la angustia de que te vas como un delincuente y sin terminar tus estudios, no me merezco este dolor ¡y qué le voy a decir a tu abuela que tanto te quiere! La vas a matar de la aflicción. Tus hermanos sí se recibirán y tú serás un vago.

Por primera vez vio a su padre preocupado y sorprendido, oyó lo que nunca hubiera imaginado:

—Voy a hablar con el doctor Rizo, tiene conocidos en Michoacán, para que te recomiende.

—No te preocupes, papá, conozco a unos amigos que tienen familiares, ya tengo todo previsto.

—¡No te pongas histérica! mujer, confío en que esté tomando la mejor decisión, se hará responsable de sus actos, ya está grandecito—. Ella se subió a su recámara llorosa preguntado por qué Dios le había mandado ese castigo.

Hubiera querido hacerles saber que se iba porque no los toleraba más, que no tenía nada que ver con el levantamiento pero era el mejor pretexto para salir de esa casa.

Se reunió con el Francés en el café, le dijo que salía el sábado para La Piedad, llevaba la recomendación de su papá y algo de dinero para empezar mientras encontraba trabajo.

—¡Instálate! Y ahora que vayamos Toño y yo te buscamos. En pocos días iré a ver a Lucero.

No esperó ver que en La Piedad hubiera casas tan grandes y lujosas como la del Doctor Pérez, al llegar le entregó la carta de su papá donde pedía apoyo para él mientras viviera en el pueblo. El médico lo recibió con recelo porque era capitalino, seguramente un vividor que iba a aprovecharse de la ayuda que le diera, pero el único favor solicitado fue le recomendará una casa de asistencia para vivir. Pérez lo invitó a cenar, para que se fuera alimentado. Pasaron al comedor.

—¿Por qué no bajan estas niñas a cenar? Ya estamos sentados y tenemos a un invitado—, le decía a su esposa, —esperaremos un momento.

Estaba en un ángulo del salón desde donde se divisaban las escaleras, la vio bajar el último peldaño y contuvo la exclamación por el impacto que le provocó su belleza; la muchacha que se acercó sonriente, besó a su padre. La seguía otra joven no tan agraciada como ella, muy seria.

Se levantó cortés.

—Éstas son mis hijas, Lucero y Belén.

No dijo nada, sólo inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Siéntense a mi derecha, el joven José Luis Rubiralta anda buscando dónde vivir, ya le hablé a la Güera para que

lo reciba en su casa, ahí estará cómodo y ella obtendrá la ayuda que tanta falta le hace.

Esperó que la Lucero que tenía enfrente, no fuera la novia del Francés.

No pasó mucho tiempo antes de saberlo, sí era su novia y él vendría a visitarla en unos días.

—Yo lo conocí en México, qué coincidencia, acostumbramos reunirnos en un café bohemio y ahí nos hicimos amigos.

—A nosotros Toño mi primo nos presentó, seguramente también lo conocerá, son casi inseparables.

—Sí, de hecho ambos son los culpables de que esté aquí, voy a hacer negocios con él, me interesa la crianza de puercos.

El celo paterno del doctor Pérez lo hizo interrumpir la conversación.

—Tenga mucho cuidado con lo que emprenda con mi sobrino, es bueno, pero le gusta mucho la fiesta y hay que observarlo. Conquista a quien le da la oportunidad, si yo fuera usted lo pensaría dos veces.

—Tomaré en cuenta su consejo, doctor.

Golpeó el portón de madera con la gruesa aldaba, la Güera no tardó en abrirle, ya lo esperaba. Era una mujer entrada en años, el ansiado matrimonio se le resistió, vivía con su madre paralítica. Las dos y la pulcritud de la casa le dieron la calidez de sentirse cómodo y en confianza. Se despertó su ternura al saberlas solas y la relación se hizo familiar. Al tiempo, la Güera lo quería como al hijo que nunca tuvo.

José Luis trabajó en una de las granjas, inyectando vacunas a los animales, lavándolos, vigilándoles el peso y controlando la venta. Se ganó el dinero con cansancio, pero con mucho gusto. Dentro de la faena diaria no dejaba de pensar en Lucero, aunque con culpa de saberla novia de su amigo, no lo podía evitar. Esperaba con urgencia la llegada de Toño, en parte para ver los negocios y por la otra para

tener el pretexto de volver a casa de Lucero y verla. Era un imposible, pero una necesidad.

Toño le mandó decir que llegaba para la fiesta del pueblo, que se acicalara porque era la mejor del año, ya le habían dicho que como era el fuereño las muchachas del pueblo querían conocerlo, aunque había sido visto desde todas las ventanas. Tenía poca ropa pero la Güera se la tenía muy limpia y lista para el evento, ella lo animaba con entusiasmo para que fuera y se divirtiera.

—Ándate con cuidado con Toño, es encantador, pero cómo le gusta ser revoltoso y jugador; anda en todas las fiestas, todos lo quieren aunque hay algunos a quienes les debe favores.

Le contó que el padre de su amigo era el chofer de un general, hermano de un gobernador; estaba bien casado pero era tan mujeriego que tenía hijos con cuanta mujer se le entregaba y se los quitaba desde los primeros días de nacidos, aunque las pobres le suplicaban no se los arrancaran, los llevaba a su casa y los mantenía hasta los dieciocho años.

—La mamá de Toño era la amolada, realmente ella era quien atendía a todos los chamacos. Ya ni sé cuántos porque la esposa del general tenía que acompañarlo en sus gestiones. Por ser incondicionales y de toda la confianza de este militar los hizo ricos, no sólo por lo bien que les pagaba sino por el hecho de estar cerca de él; la gente que quería sus favores le obsequiaba hasta coches, por eso ya te puedes imaginar lo que vivió este muchacho. Sus padres no lo cuidaron bien y solo le quedó aprovecharse de la ventajosa relación con el general.

Los fuegos artificiales al terminar el baile de coronación de Lucero, la reina de la feria, eran las explosiones de su corazón por el gozo de verla, bella pero tan lejana. No importaba que no le hablara, estaba cerca y eso era suficiente. Toño lo llevó al palenque a la pelea de gallos y lo animó a que apostara.

—Aquí se mueve mucho dinero, es legal sólo en esta fecha, yo consigo el permiso. La apuesta es pareja, ganas lo mismo que enseñas, sólo te quitan el diez por ciento de impuestos, soy socio del gallero; hoy pelea mi gallo, ya está preparado con su dieta, descrestado y desparasitado, aquí no hay trampa, sus armas son el pico y la garra, sin aceites ni espolones.

Las apuestas corrían en el ruedo: Voy rojo, ocho a diez, voy blanco iguales. El colorado lo llevaba Toño, el blanco era del rancho de la granja Cuerámara, los dos sujetaban a los gallos inmovilizándolos, luego empezó el ritual, acercaban los picos provocándolos y como estaban hambrientos al soltarlos empezaban a atacarse: sobre sus patas, frente a frente con las alas extendidas y su señorial cresta, se picoteaban uno a otro en rápidas evoluciones; el barullo de los apostadores era ensordecedor, volaban plumas, gritos, vítores, hasta que el blanco quedó inmóvil. Los apostadores entregaron la pérdida a los ganadores.

—Este es uno de los negocios que te propongo. Mi sociedad con el gallero es sin riesgo, tiene varios criaderos en México y anda en tratos para los Estados Unidos, y como tú hablas inglés nos ayudarás a las negociaciones. Cuestan una lana, entre quinientos y tres mil dólares, necesitamos capital para lograr los mejores sementales.

—Déjame pensarlo, necesito conseguir lana y saber en cuánto tiempo se recupera.

—No mucho, podrás pagar tu parte con trabajo si no te alcanza lo que tienes. Le sabes a la veterinaria y los entrenarías, los gallos son auténticos deportistas, sólo hay que acondicionarlos físicamente y prepararlos para que rindan más.

Lo presentó con Vicente, que además de tener los corrales abrió la única tienda de discos de La Piedad. Puso sus ahorros, aportó su trabajo y entró en ese medio aparentemente honorable. En poco tiempo, supo que la ganancia no estaba en las peleas de las ferias tradicionales de los